

XVII PREMIO LETRAS DEL SUR
MODALIDAD INFANTIL 5º Y 6º DE PRIMARIA
FINALISTA

El extraño caso de los comelibros
Francisco Vargas Umbría

Había una vez...bueno, mejor no lo cuento...¿qué? Venga lo cuento. Había una vez unos bichejos muy feos, pero feos de narices que se hacían llamar Comelibros. Se llamaban así porque todo libro que encontraban, libro que se quedaba sin letras, las devoraban. Pero poco a poco el problema se iba extendiendo y afectaba a muchos vecinos del pueblo, tanto que no quiero acordarme, pero me acuerdo.

Cada vez quedaban menos libros y comprarlos resultaba carísimo. La gente se estaba volviendo loca, tanto que guardaban sus libros en el banco, en cajas fuertes o incluso bajo tierra y hasta en las paredes. En sus casas tenían armas de todas clases y colores, pero esos temibles Comelibros eran tan feroces, duros y peligrosos que no los puedo definir escribiendo, me gustaría hacerlo, pero no puedo.

Las armas no tenían nada que hacer, pero el ejército trabajaba en un proyecto para inventar máquinas de defensa contra ellos. Pero mientras tanto y viendo que no se encontraba una solución, dos niños que no tenían límites

mentales inventaron un perfume que servía para que la gente no se contagiara de la maldad de los Comelibros. El perfume tampoco funcionó, terminó siendo una opción inútil. Había que buscar una nueva estrategia pero no sabían por dónde empezar.

Carlos y Francisco, así se llamaban estos valientes niños, decidieron formar una patrulla y vigilar todo el pueblo, desde la mañana hasta llegar la noche y así de esta manera pudieron encontrar un sentido a lo que estaba sucediendo.

La vigilancia comenzó a las 7:30 de la mañana. Andaban los dos cargados de distintos aparatejos que habían inventado para atraer las ondas de esos seres indeseables devoradores. Allí seguían en el casco viejo del pueblo cuando aparecieron dos bichejos peludos muy feos, pero feos a no poder más. Desde su escondrijo vieron como atacaban entrando en el interior de las casas y acababan con todo papel que contenía alguna letra.

La persecución alcanzó su tercer día y seguían sin encontrar la razón por la cual aquello s̄er seres tenían intención de acabar con todas las letras del pueblo y a punto estuvieron de abandonar la misión, desanimados y con el aliento justo para volverlo a intentar.

Avanzaron por la avenida principal, zona más importante del pueblo donde se encontraba situado el Ayuntamiento, la Biblioteca Municipal y la librería más antigua y valiosa de la zona propiedad del viejo y querido Don Ramón.

Sin desviarnos de la historia os contaré que pudieron

observar desde su escondrijo como los Comelibros entraron en la tienda de comestibles y se zamparon el libro de contabilidad y todos los carteles de las ofertas del día que estaban pegados en el escaparate. La dueña salió pegando gritos, ya no había remedio, habían sido tan rápidos que no le dio tiempo a impedir la fechoría.

Pero la preocupación iba en aumento porque el siguiente edificio era la librería de Don Ramón. Carlos y Francisco se echaron las manos a la cabeza sólo de pensar la que podían liar allí y para echarse a temblar si daban el siguiente paso hacia la Biblioteca, eso se convertiría en una gran desgracia para el pueblo.

Cuál fue la sorpresa de los niños que pudieron observar que cuando los Comelibros se acercaron a la vidriera de la librería, saltaron a la otra acera, muy enfadados y nerviosos, mejor dicho, cagaditos de miedo, desapareciendo en un plis-plas del pueblo, por hoy claro. Y en ese momento creyeron dar con la clave de todo.

Se dirigieron a casa de Francisco, que por cierto también era la de Carlos, eran hermanos. Se pasaron horas, horas y horas investigando y experimentando cosas para sacar conclusiones. Después de muchas horas buscaron una posible solución.

Convocaron una concentración con todos los vecinos y vecinas en la plaza del pueblo. Allí explicaron que debían traer un libro a las 19:30h de ese mismo día, que era realmente importante llevar a cabo esta estrategia para poder acabar con esos seres indeseables. Los vecinos del

pueblo hartos del problema aparecieron a la hora prevista y todos acompañados de un libro. Algunos traían folletos de publicidad, otros el periódico del día. Todos permanecieron en silencio esperando la voz de alarma de los dos niños que observaban desde la calle contigua como se acercaban los Comelibros. Y con un jahoral que se escuchó a 3 kilómetros a la redonda, todos comenzaron a leer a la vez, sin descanso y sin pensar que aquellos bichejos se acercaban a muy pocos metros.

Pero todos pudieron observar la cara de espanto de los Comelibros cuando dieron la vuelta a la esquina y se encontraron a tanta gente leyendo. Los ojos se le salían de las órbitas y se pegaban cabezazos unos a otros, hasta que muertos de miedo corrieron y corrieron con tanta velocidad que en cuestión de segundos estaban fuera del pueblo.

Todos los vecinos saltaban de alegría, Carlos y Francisco explicaron que descubrieron la solución en el mismo momento que observaron que los Comelibros huyeron cuando vieron al viejo librero Don Ramón leyendo en el interior de la librería. Así que todos los vecinos entendieron que en su pueblo la lectura estaba en un segundo plano y que casi nadie leía, por eso atacaban los Comelibros.

Desde ese mismo día, les encanta leer, visitan la Biblioteca Municipal muchísimo en busca de nuevos libros y se pasan los libros de unos a otros para que la lectura siga viva en el pueblo.

FIN



Letras del Sur